

bio toda clase de honores. Entre los emperadores ocupó el primer puesto: se le erigió un arco de triunfo que todavía subsiste: se dedicaron á su nombre muchos edificios empezados por Majencio; y omitimos hablar de las brillantes fiestas que atrajeron de fuera infinita muchedumbre. Constantino dió por esposa su hermana al emperador Licinio; y habiéndose negado Diocleciano á asistir á las ceremonias del matrimonio, le escribieron los emperadores cartas concebidas en tan áspero tono, que tal vez fueron causa de acelerar su muerte. Constantino marchó en seguida (313) contra los francos, que reunían fuerzas para atacar el imperio, y habiéndoles anticipado, devastó su territorio haciéndoles gran número de prisioneros, muchos de los cuales fueron arrojados á las fieras.

Muerte de Maximino Daza.—Entretanto no aflojaba Maximino en sus persecuciones contra los cristianos, que miraban como un castigo del cielo el hambre y la epidemia que desolaban las provincias, así como la guerra de la grande Armenia, que se sublevó porque el tirano quiso estorbar el culto del Dios verdadero (7). Vino á parar á una abierta ruptura con Licinio, que le había inspirado recelos, y á quien acometió con arrojo; pero completamen-

(7) EUSEBIO, IX.

te vencido, huyó hasta Capadocia, y asaltado de horribles dolencias murió en Tarsos (1.º de mayo de 313).

De este modo Licinio y Constantino quedaron dueños, el primero de todas las provincias de Oriente, el segundo de todas las de Occidente, pudiendo preverse que pronto habría un rompimiento entre ambos; y no tardó. Constantino derrotó á su rival en la Panonia y en las llanuras de la Tracia (8 de octubre de 314) y luego le concedió la paz, que duró algun tiempo; pero habiendo perseguido Constantino á los sármatas y á los godos en derrota hasta el territorio de Licinio, se renovaron las quejas y la guerra fué su resultado. Nuevamente batido Licinio cerca de Adrianópolis vió destruida en el estrecho de Galópolis su escuadra (3 de julio de 323), no quedándole más arbitrio que solicitar la paz que le fué concedida.

Muerte de Licinio.—Informado Constantino de que volvía á levantar tropas y de que hasta á los bárbaros llamaba en su socorro, le previno en sus proyectos, derrotándole tan completamente, que no vió otro medio de salvación que el de arrojarle á las plantas del vencedor y deponer la púrpura. Constantino le acogió bondadosamente, fué su voluntad que se sentara con él á la mesa y le envió á Tesalónica con toda clase de miramientos: poco después mandó ahogarlo; y así se halló reunido el imperio bajo la vigorosa mano de Constantino.

CAPÍTULO XXVI

EDAD HEROICA DEL CRISTIANISMO (1)

Cuéntase que al marchar Constantino contra Majencio á Italia suspendió su atención y la de todo el ejército un verdadero prodigio; pues se le aparec-

ron encima del sol y en forma de cruz dos radiantes líneas con la siguiente inscripción en letras de fuego: *Vencerds con esta señal* (ταυτη νικησ). Reve-

(1) Véanse: BOLLANDI Y HENSCHENI.—*Acta sanctorum quotquot orbe coluntur*. Amberes, 1643-1694. La edición interrumpida por la Revolución, fué continuada en Bruselas por los jesuitas y actualmente (1883) llega á todo el Octubre.

MOSHEIM.—*De rebus Christianorum ante Constantinum Magnum commentarii*. Helmstadt, 1753. *Dissertationes ad hist. ecclesiasticam*. Altona, 1767.

BARONIO.—*Annales ecclesiastici a Christo nato ad annum 1198, cum critica Pagii*. Luca, 1738-57; 38 tomos en folio. Esta edición comprende la continuación de Raynaldo hasta 1565 y la de Pagi con las correcciones de Manso y Georgi.

LE NAIN DE TILLEMONT.—*Memorias eclesiásticas de los seis primeros siglos*. París, 1693, 16 tomos en 4.º. Llega hasta el 513.

TOMMASINO, *Veteris et novae Ecclesiae disciplina*. MAMACHI, *Origines et antiquitates Christianorum*; 4 tomos.

MONTFAUCON, *Bibliotheca Patrum*; y el extracto hecho de ella por GUILLON, *Bibliotheca selecta de los santos padres de la iglesia griega y latina*.

MABILON, *Acta Sanctorum etc.* PETAVIO.—*De ecclesiastica hierarchia*. Amberes, 1700. J. DEVOTI.—*Juris canonici universi publici et privati, libri quinque*. Roma, 1827.

AUGUSTO, *Archeologia cristiana*; 5 tomos (alemán). CELLIER, *Historia de los escritores eclesiásticos*.

CAVE, *Historia literaria de los escritores eclesiásticos*. BINGAM, *Origines ecclesiasticae*, lib. IX.

ALFONSO CIACCONIUS.—*Vite ei res gesta pontificum romanorum, et S. R. E. Cardinalium ab initio nascentis Ecclesiae usque ad Clementem IX; ab A. ADOINI recognita*. Roma, 1676-77.

BLAS UGOLINI.—*Thesaurus antiquitatum sacrarum*. Venecia, 1744-69.

FLEURY. *Historia eclesiastica*. París, 1691-1720; en 20 tomos. Llegó hasta 1414, y Fabre la continuó hasta 1595. Fleury escribió también *Costumbres de los cristianos*.

NATALIS ALEXANDRI.—*Historia eclesiastica*. París, 1699, y Venecia, 1750. Llega hasta el siglo XVI.

BERAULT BERCASTEL.—*Historia de la Iglesia*. París, 1778; 24 tomos. Va hasta su tiempo.

GIUS AGOST. ORSI.—*Historia eclesiastica*. Roma, 1748; 20 tomos. Comprende los seis primeros siglos y la continuó hasta 1585 BECCHETTI. Roma, 1770.

Es muy precioso el *Liber pontificalis*, biografía de los papas, desde S. Pedro á Martin V, escrito en gran parte por contemporáneos. Atribúase la primera serie á Anastasio bibliotecario en el siglo IX, pero se ha probado que ese libro se remonta lo menos al año 514, tomando parte en las cuestiones que entonces dividían á Roma y á la Iglesia entre eutiquianos, nestorianos, etc. Además de las vidas, deben estudiarse en ella la historia del exarcato de Rávena y de los príncipes de la señoría papal.

Preparó de esta obra una edición Jorge Waitz en los *Monumenta de Pertz*, otra el abad Luis Duchesne en la *Colección de la escuela francesa de Roma*, y de la cual publicó una amplia información. Hizo sobre el *Liber pontificalis* un importante estudio, que luego dió margen á útiles discusiones.

Pontificum romanorum vita ab aequalibus conscripta; editado por J. M. WATTERICH. Leipzig, 1862.

Regesta pontificum romanorum, editada por PH. JAFFÉ. La completa y continúa ahora D. J. V. PFLUGK-HARTUNG. *Acta pontificum romanorum inedita*. Stuttgart, 1881; 2 tomos.

DOELLINGER.—*Gesch. der christlichen Kirche*. Landshut, 1833 y sig.

GISELER.—*Manual de la Historia eclesiastica* (alemán). Bona, 1827; 3 tomos. Es protestante. El citado Döllinger, hizo un manual católico.

lósese después en sueños que era voluntad del cielo que adoptara aquella cruz por enseña, y mandó hacer una que puso en su *labaro* ó estandarte imperial con el monograma de Cristo, $\chi\rho$, substituyéndole á las imágenes de los dioses que se hallaban á la cabeza de los ejércitos según costumbre.

Desde el oprobio del Gólgota ha sido llamada la cruz á guiar los ejércitos, á resplandecer en la frente de los reyes, á abrir una civilización nueva, si bien á costa de grandes luchas y de extraordinarios sacrificios.

BLUMHARDT.—*Historia general del cristianismo en todos los países en que penetró después de Cristo*, traducido del alemán al francés por COST. Valence, 1838.

Hay además gran número de autores modernos entre los cuales citaremos:

STOLBERG.—*Gesch. der Religion J. Christi*. Hamburgo, 1806; 15 tomos. Llega á 431.

WALTER, *Lehrbuch des Kirchenrechts*.

G. J. PLANCH.—*Gesch. der Christlich-Kirchlichen Gesellschafts-Verfassung*. Hannover, 1804.

DE POTTER, *Historia filosófica, política y crítica del cristianismo y de las iglesias cristianas desde Jesús hasta el siglo XIX*.—*Espíritu de la iglesia ó historia de los concilios*.

HENKE.—*Historia general de la Iglesia*. Brunswick, 1800; 6 tomos, continuada por VATER, 8 tomos.

M. J. MATTER, *Historia Universal de la iglesia cristiana*. Estrasburgo, 1822; 4 tomos.

MUENSCHER.—*Manual de la historia del dogma* (alemán); 4 tomos.

SPITTLER, *Gesch. des kanonischen Rechts*.

STANDLIN, *Historia de la moral de Jesucristo*; 4 tomos.

SCHROECH, *Historia eclesiástica*; 45 tomos, los dos últimos son de Tzschirner.

MUENTER, *Símbolos y monumentos de arte de los primeros cristianos* (alemán), en 4.^o

KIST.—*De commutatione, quam Constantino Magno auctore societas subiit christiana*. Utrecht, 1818.

RUEDIGER.—*De statu et conditione Paganorum sub imperatoribus christianis post Constantinum Magnum*. Breslau, 1825.

NEANDER.—*Allgemeine Geschichte der christlichen Religion und Kirche*. Hamburgo, 1825-1830; 6 tom.

Son protestantes *Las Centurias de Magdeburgo* ó sea *Ecclesiastica historia, congesta per aliquot studiosos et pios viros*, que eran Flacius, Copus, Wigandus, Judex y otros.

Basilea, 1559-1574. 13 tomos; cada uno de los cuales abarca un siglo.

G. BASNAGE.—*Historia de la Iglesia*. Rotterdam, 1699; 2 tomos.

MOSHEIM, *Institutionum historia eclesiastica*, lib. IV. Helmstadt, 1755; 4 tomos.

Existen además historias particulares de las iglesias de cada uno de los países, tales como la *Italia Sacra* por UGHELLI; la *Gallia Christiana*, por SAINTE-MARTHE; la *España sagrada*, por FLORES; la *Anglia Sacra*. Londres, 1691; el *Africa christiana* de MORCELLI. Brescia, 1816. Esta es un portento de exactitud, mas no tiene otra cosa: no aplica una sola idea á los hechos, ni deduce ninguna consecuencia general de sus asertos particulares.

En estos últimos años han dado los orígenes del cristianismo materia para estudios profundos, y la crítica negadora ha encontrado valerosos opositores.

Difusión del cristianismo.—Ya hemos hecho mención (pág. 67) de los primeros que propagaron el cristianismo con el ejemplo, con la muerte, con la gracia, hasta en los confines más remotos. Resonara la voz de los apóstoles en todo el ámbito de la tierra; mas como su humildad no nos ha dejado recuerdos de todos los países en que operaran innumerables conversiones, hemos de limitarnos casi exclusivamente al mundo romano. No cabe que admita la crítica en todo su rigor la expresión de San Justino, martir, cuando exclama: *No existe pueblo griego ni bárbaro, no hay nación cualesquiera que sean su nombre y sus costumbres, por ignorante que aparezca en agricultura y artes, ya more bajo tiendas, ya ande errante sobre carros cubiertos, donde no se eleven, en nombre de Cristo crucificado, oraciones al criador de todas las cosas* (2).

No por eso es menos cierto que el cristianismo se divulgó con tanta celeridad, atendido el sin número de obstáculos, que bastaría esta prueba para hacer fe de su origen divino. Además de la Judea, de Italia, Grecia y Egipto, recibieron el Evangelio de boca de San Pablo las provincias situadas entre el Éufrates y el mar Jónico: hablanos el Apocalipsis de las siete iglesias asiáticas de Efeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatura, Sardis, Laodicea y Filadelfia. En Siria eran ilustres las de Damasco, Berea (Alepo) y Antioquía. Chipre, la Creta, la Tracia y la Macedonia acogieron á los Apóstoles, quienes también sembraron la verdad en el seno de las antiguas repúblicas de Corinto, de Esparta y de Atenas.

Desde Edesa, donde abrazaron muchas personas el cristianismo, pudo propagarse á las ciudades griegas y siriacas, que prestaban obediencia á los sucesores de Artaxar, á despecho de la gerarquía vigorosa de los magos persas y de su intolerante culto. Recibiólo muy pronto de Siria la grande Armenia, aunque no se convirtió enteramente hasta el siglo IV, cuando Tiridates fué bautizado por San Gregorio *Illuminator*. Una cautiva cristiana lo llevó al Cáucaso impulsando á un príncipe ibero á confesar la divinidad de Jesús y á pedir misioneros á Constantinopla.

Pero así como las ciudades antiguas querían traer su origen de los semi dioses; aspiraron las iglesias en gran número al honor de haber sido fundadas por los Apóstoles, y algunas de ellas aun subsistiendo testimonios en contra. Sulpicio Severo atestigua que la religión de Cristo no pasó hasta muy tarde al otro lado de los Alpes, y cita una populosa aldea donde todavía nadie conocía á Jesucristo en su tiempo (3). Solo aparecen en las

(2) *Dial cum Tryphone*. Gibbon, que procura disminuir el número de cristianos, dice que no podían ser más que la vigésima parte de la población del imperio. Aun así hubiera estado en una proporción inmensamente superior á la de cualquiera otra secta.

(3) *Nemo noverat Christum*. *Dial. II.—Serius trans Alpes Dei religione suscepta*. Hist. eccl., II.

Galias las iglesias de Lión y de Viena bajo los Antoninos, y bajo Decio unicamente las de Arlés, Narbona, Tolosa, Limoges, Clermont, Tours y París. Si bien es cierto que muchas ciudades abrazaron la fe cuando aún podía costar el martirio, la masa de la población no se hizo cristiana hasta que cesaron las persecuciones, cuando el celo de San Martín de Tours y de su sucesor San Brixio, de San Corentino de Quimper, de San Marcelo de París, fué recompensado con gloriosos triunfos.

Sin prestar asenso á la idea de que el año 180 enviara el papa Eleuterio misioneros á la Gran Bretaña á instancias de un rey denominado Lucio, leemos en Tertuliano que *los cambrios y los caledonios, invencibles hasta entonces contra los ejércitos romanos, fueron avasallados por Cristo* (4).

Santiago el Mayor, á quien se atribuye la conversión de los españoles (5), no parece haber salido de Palestina, donde padeció martirio nueve años después de Jesucristo y antes de la dispersión de los Apóstoles. Cubre igual incertidumbre el origen de las iglesias de Africa, en las que prosperó la buena semilla, merced á los obispos establecidos en gran número hasta en las más pequeñas ciudades, y al celo de los elocuentes campeones de la fe, especialmente de San Cipriano. En el siglo II se habían traducido los sagrados libros en Etiopía; y luego instituyó allí la iglesia Frumencio, que después de haber convertido á la *nego* y la nación, fundó el obispado de Axo. Ya en tiempo de Nerón, treintitres años después de la muerte de Cristo, había en Roma muchos cristianos (6); ya se distinguían bien á las claras de los judíos; ya no se les puede castigar sino inventando contra ellos absurdas calumnias; ya han logrado penetrar en provincias remotas, á la par que se vanagloria de haberlos extirpado, como de un triunfo (7). Luciano halla el Ponto, su patria, invadido por epicúreos y cristianos (8). A los ochenta años de la venida de Cristo se queja Plinio de que están desiertos los templos y de que carecen las víctimas de compradores, y acusa de ello á esta superstición cristiana divulgada hasta en las cabañas y chozas.

A la sazón no eran los prosélitos solamente gentes vulgares: hallábase Plinio de *todas condiciones y edades*. Tertuliano declaraba al procónsul que si persistía en hacer la guerra á los cristianos de Cartago, tendría que diezmar la ciudad, y en-

(4) Apología.

(5) Así lo sustenta ENRIQUE FLORES, *España sagrada*, tomo III. San Pablo manifiesta intención de dirigirse á España en su epístola á los romanos (XV, 24 y 28). Han supuesto algunos que San Pedro estuvo en Tarragona, mudando este nombre con el de Tarracina.

(6) *Multitudo ingens*. TÁCITO.

(7) Háse encontrado en España una lápida con la inscripción siguiente: NERONI CL. CAES. AVG. PONT. MAX. OB PROVINC. LATRONIE. ET HIS QUI NOVAM GENERI HUMANI SUPERSTITION. INCVLCAB. PVRGATAM. Muratori, I, 99.

(8) *In Alexand.*, 25.

contraría muchos delincuentes de su categoría, senadores, matronas, amigos. Supone el edicto del emperador Valeriano haber sido convertidos senadores, caballeros y damas de encumbrada estirpe.

Circunstancias favorables al Cristianismo.—Esta difusión fué favorecida en parte por circunstancias humanas (9): aún cuando se habían vedado por un edicto de Augusto las nuevas sociedades (*stairptai*), se toleró al principio como una secta judaica el cristianismo (10). Hallándose reunido el mundo civilizado en la extensión del imperio, sus propagadores no tuvieron que luchar contra enemistades nacionales, y redundaron de este modo en provecho suyo las conquistas de los romanos. Agréguese á esto el uso del idioma griego adortado por los Apóstoles, que, propagado en todo el Oriente desde la conquista de Alejandro, y siendo al propio tiempo el más perfeccionado, se conocía en Italia y en las Galias por todas las personas educadas liberalmente. Hombres llenos de erudición y profundamente versados en las bellas letras, no tardaron en ganar la estimación de las clases superiores hacia la enseñanza de los pescadores galileos, desdeñada en un principio, y se expuso en el habla de Aristóteles y de Platón un sistema que presentaba en toda su desnudez la pobreza de las filosofías.

Además, la Providencia no había dejado á los hombres abandonados y careciendo de luces para escudriñar la verdad ni de las inclinaciones instintivas para respetar á lo menos lo que no tenían fuerza de seguir. En vano procuraban los hombres aturdirse en medio de los negocios y de los deleites, pues no podían sofocar en las conciencias aquel poderoso instinto que induce á buscar lo que es Dios y lo que es el hombre, qué relaciones existen entre el uno y el otro, cómo el pecador puede ser redimido, qué será después de la muerte. ¿Qué podían responder á semejantes preguntas el helado orgullo de los estóicos, la depravación epicúrea, la grosería de los cínicos, el escepticismo académico? Hasta los mejores maestros engendraban el deseo de la verdad en vez de aplacarlo, respondiendo con dudas y sutilezas cuando el alma demandaba el reposo de la certidumbre.

¿Podía ofrecer esta certidumbre la religión pagana? Casi habían perdido su voz los oráculos desde que se habían hecho secretos los negocios al tratarse en el consejo de los reyes; era difícil precaver la decisión de ellos y hasta peligroso revelarla, y además parecía inútil persuadir en nombre de los dioses lo que imponía el decreto de un soberano. Aparecía la muchedumbre cansada de los

(9) DOELLINGER, obra citada.

(10) KRAFFT.—*Prol. de nascenti Christi ecclesia secta judaica nomine tuta*. Erlang, 1771. Y SEIDENSTUCKER.—*De Christianis ad Trajanum usque á Casaribus et statu romano pro cultoribus religionis mosaicae semper habitis*. Helmstadt, 1790, han exagerado mucho al sostener que los cristianos se propagaron á la sombra del judaismo.

antiguos dioses, y mucha prisa se daba á introducir nuevas divinidades, cuyo símbolo no hubiera aún sido amenguado con ritos é interpretaciones materiales, para reanimar su fe en una continua alternativa de incredulidad y de supersticiones. Si el pueblo creía, hallaba en los dioses ejemplos de todas las corrupciones, y, temeroso de que el homenaje tributado al uno fuera un insulto para el otro, se abismaba en prácticas supersticiosas. Tocante á los talentos cultos, ¿cabía en lo posible tener fe en aquella turba de divinidades y en sus poéticas aventuras? ¿Podía insultarse al hombre dotado de un alma generosa delante del ara donde se incensaba á un Antinoo y á una Drusila? Así filósofos, sacerdotes, hombres de Estado consideraron los diferentes cultos como igualmente falsos é inútiles; y no encubrían más que el ateísmo tanto la tiara del pontífice como la talar túnica del augur y la toga del magistrado.

En cambio los cristianos exponían una doctrina sencilla, clara, humana: «Lo que es y lo que debía ser; la miseria y la concupiscencia, la idea siempre viva de la perfección y del orden que hallamos igualmente en nosotros; el bien y el mal; las palabras de la divina sabiduría y los vanos discursos de los hombres; la vigilante alegría del justo; los dolores y los consuelos del arrepentimiento; el espanto ó la imperturbabilidad del malo; los triunfos de la justicia y los de la iniquidad; los designios de los hombres llevados á término á través de mil obstáculos ó trastornados por un obstáculo imprevisto; la fe que aguarda la promesa y comprende la vanidad de lo que pasa; la misma incredulidad, todo se explica con el Evangelio, todo confirma el Evangelio; la revelación de un pasado del cual lleva el hombre en su alma los tristes testimonios, sin poseer por sí mismo la tradición ni el secreto, y de un porvenir de que solo nos quedaba una idea confusa de terror y de deseo, es la que nos muestra en claro el presente que tenemos delante de nuestros ojos: los misterios concilian las contradicciones, y las cosas visibles se comprenden por la noción de las cosas invisibles.» (11)

No era conducido el prosélito á esta sublimidad por su iniciación en misterios cuyas explicaciones físicas pudieran revelar la impostura de los sacerdotes, y poner sus convicciones en oposición con las prácticas exteriores, sino que se le exponían las altas verdades de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía. Estaban en perfecta armonía la enseñanza uniforme y sólida de la escuela con la predicación; el misterio con la doctrina exterior; las ceremonias del culto con la consumación del sacrificio. A la opinión, á la duda, al miedo substituía el cristianismo tres virtudes ignoradas, fe, esperanza y caridad. Mientras en la idolatría no eran otra cosa las fiestas que alusiones á accidentes naturales, ó á lo sumo conmemoraciones pa-

(11) MANZONI, *Moral católica*.

trióticas mancilladas amenudo con desórdenes é impurezas, en las fiestas cristianas era signo de renacimiento espiritual el velo de la alegría. Al paso que allí se consultaba el porvenir á causa de no conocer la Providencia, aquí se confiaba en la omnisciencia divina, y, exento el espíritu del temor de siniestros presagios, hallaba la explicación de la vida en lo que debía acontecer después de la muerte.

Roma había apurado todos los bienes terrenales, el poder y la gloria, la riqueza y la voluptuosidad, y sin embargo no estaba satisfecha. Algunos de sus pensadores deploraban todavía á Farsalia, vacilaban entre una impetuosa resistencia ó la desesperación de la cosa pública. Los más jóvenes, dominados por la legalidad, la patria potestad, la esclavitud y el destierro, esperaban en medio de sombría fermentación grandes y misteriosos acontecimientos que los oráculos habían predicho. Los tiempos y los hombres infelices tienen fácilmente esperanzas, y creyeron entonces en aquel nuevo bien que se predicaba.

De esta suerte al anuncio de una religión divina en su origen, sencilla y verdadera en su doctrina, pura y sublime en su práctica, despertaba el entendimiento, cuando la voluntad vacilaba todavía. Si no triunfaba la gracia de los hábitos de la educación primera y del interés, bastaba el conocimiento del cristianismo para ofrecer ideas más sanas. Efectivamente, cuando se trató de reanimar las antiguas creencias, hubo necesidad de mezclar á ellas algo puro y elevado que nunca habían tenido: el grosero politeísmo se aproximó al conocimiento de un solo Dios: restringióse el culto casi únicamente á Júpiter y á Apolo: hasta se consideró á este último como medianero entre Dios y los hombres, encargado de revelarles por medio de los oráculos la voluntad suprema, y también como el salvador de la humanidad, porque después de ser encarnado, había vivido esclavo sobre la tierra, sometiéndose á padecer por expiación (12). Máximo de Tito afirmaba que todos los pueblos, cualesquiera que fuesen sus ideas, creían en un solo Dios, padre de todas las cosas. Lo mismo afirmaba Prudencio en sus versos (13). Siempre tenta el pueblo en la boca: *Sábelo Dios; Dios te bendiga; si Dios quiere* (14), ¿y qué más? hasta los oráculos reconocían un Dios.

Infructuosos eran cuantos esfuerzos hacía la idolatría por cobrar aliento á beneficio de los dogmas católicos. ¿Podía ofrecer acaso la consoladora doc-

(12) BAUR.—*Apolonio de Tiane y Cristo*. Tubinga, 1832, pág. 168.(13) *Et quis in idolis recubans, inter sacra mille, Rídiculos deos venerans sale, cespíte, thure, Non putat esse deum summum et super omnia summum.**Quamvis Saturnis, Junonibus, et Cytherais Portentis aliis sumantes consecret aras?*

(14) TERTULIANO.

trina de un redentor y de la remisión de los pecados? No asistía al hombre otro medio de apaciguar los remordimientos de su conciencia que el de los holocaustos, haciendo caer sobre su cabeza la sangre de las víctimas degolladas (15), ó bien el auxilio de otras prácticas, cuya supersticiosa vanidad era conocida. ¡Cuán buena nueva debía ser, pues, la de haberse encargado Dios de aplacar aquella cólera inexorable, y de que cada cual podía apropiarse los frutos del sacrificio de la cruz por la fe en el redentor divino! Los leales partidarios de aquellas religiones, de aquellas sociedades que no reservaban á los delincuentes más que el castigo, acusaban con aplomo á los cristianos de que acogían en su seno á los pecadores; pero los cristianos respondían á la acusación regenerando con la penitencia á aquellos á quienes habían acogido.

Estas consideraciones arrastraban á las gentes de buena fe á seguir, ó á lo menos á venerar el cristianismo; pero daba margen á otra acusación la circunstancia de abrazarlo en tropel los hombres vulgares y los esclavos. No había ejercido la corrupción tantos estragos en las clases laboriosas como en la aristocracia; creyendo lo que creían sus padres, frecuentaban los plebeyos los templos, y comprendían la necesidad de la divinidad. Del mismo modo entre los esclavos; y si muchos de ellos eran vergonzosos instrumentos de los vicios de su amo, otros más distantes del teatro del libertinaje permanecían fieles á sus obligaciones. ¡Cuán consolador era para estos oír hablar de un Dios igual para ellos y para sus tiranos, saber que las fatigas, los tratamientos iníquos podían cambiarse por la paciencia en tesoro para otra vida, cuando los opresores y los oprimidos fueran llamados ante el juez incorruptible!

Aquellos que han sufrido, pueden concebir cuantos consuelos encierra semejante idea. Ahora bien, ¿cuántos padecimientos debían inclinarse á que se acogiera favorablemente el cristianismo en aquellos tiempos que, como si no hubiera bastado aquella alternativa continua de anarquía y de despotismo, la brutalidad de los emperadores, la licencia feroz de los soldados, las exacciones de los magistrados, había que temer además la peste, los terremotos, las inundaciones, el hambre, las incursiones de los bárbaros y una disolución universal. En medio de tal desorden apareció la sociedad cristiana.

Cabía en lo posible desdeñar las palabras de los apóstoles de la ley nueva y responderles: *Tenemos que ocuparnos en otra cosa, ú os oíremos mañana*: pero á la vista de todos se presentaban ejemplos de virtud á que no podía negar su admiración nadie; todos eran testigos de una fraternidad que proporcionaba á los miembros de la familia cristiana los goces de una vida interior suficiente por las ideas y los sentimientos para ocupar á las al-

(15) Tauróbolos y crióbolos.

mas fuertes, para ejercitar las imaginaciones activas, para satisfacer las necesidades intelectuales y morales reprimidas por la tiranía y por el infortunio, aunque no sofocadas. Aplicándose á corregir las costumbres privadas para mejorar las costumbres públicas, no imitaban los cristianos á los grandes filósofos declamando contra un siglo perverso, á la par que seguían la corriente, sino que mortificaban las pasiones, enseñaban á dominar los malos deseos, á no hacer ni decir nada deshonroso: ellos mismos podían ser tomados por modelos de beneficencia, de virtudes, de mortificaciones personales. Ajenos á la presunción y al orgullo, huyendo de los honores y del fausto, se les veía á la cabecera del enfermo, en los calabozos, sobre el cadalso. Durante las pestes que hicieron indecibles estragos, se hallaban junto á los que se sentían atacados de aquella plaga, asistiéndoles, llevándoles limosnas, dándoles sepultura, mientras que los otros no pensaban más que en resguardarse de la epidemia. Además enseñaban á los pobres á no envidiar á los ricos, porque el mismo Jesucristo había sido pobre, y porque de los pobres es el reino de los cielos; apartaban á los esclavos del designio de denunciar á sus señores, á los hombres libres de oprimir á los esclavos y daban á conocer á todos que había otra vida diferente de aquella de que podía disponer el Cesar.

Desde muy luego se organizaron los cristianos en sociedad con jefes y leyes, ingresos y gastos comunes: reunidos por vínculos voluntarios y morales, no menos sólidos por esta circunstancia, sobrepujaban en mucho á las congregaciones religiosas de los antiguos, débiles y diseminadas. Estas no tenían ritos ni opiniones comunes; lo que se creía en Élide era objeto de mofa en Delos, cuyos milagros servían de irrisión en Epidaura. Independientes unos de otros los sacerdotes de los distintos templos, á ejemplo de los dioses, eran rivales y enemigos. Al revés, entre los cristianos, adictos hasta la muerte á una misma causa, no había más que un espíritu, una moral, un culto: creían en la *unidad de la fe y en el conocimiento del hijo de Dios* (16), en la infalibilidad del concilio de sus sacerdotes, y dependían de jefes que habían platificado con el hombre Dios, ó con los que habían vivido á su lado. Al ver aquella comunidad íntima, aquella unión fraternal consolidada entre los cristianos por la unidad de creencias y de esperanzas, exclamaban los gentiles: *¡Miradlos cómo se aman!* Y con razón decía Tertuliano: *Están poseídos de asombro los que no saben más que aborrecerse*.

Si se exceptúan algunos fanáticos egipcios ó sirios, ¿qué sacerdote pagano hubiera padecido por su Dios, no ya tormentos, sino algunas privaciones? ¿Quién hubiera querido, al predicar un culto, emplear más celo del necesario para adquirir crédito y riquezas? No considerando su ministerio más que

(16) SAN PABLO, *Ad Ephes.*, IV, 13.

como una función del Estado, estaban propicios, si el Senado le decretaba, á substituir Jupiter á Tina, Mitras á Apolo, y á colocar sobre el ara al tirano y á la prostituta.

El cristianismo era profesado por hombres que no habían nacido casualmente en su seno, sino que habiéndolo adoptado por un íntimo convencimiento, después de una larga lucha y de penosos sacrificios, habían contraído el empeño de conservarlo y de propagarlo con una exaltación natural y una ferviente confianza. Persuadidos de que fuera de su fe no hay salvación, descienden hasta el alcance del vulgo, de los niños, de las mujeres, para persuadirles, resolver sus dudas, regular su conducta, para comunicar á todos el conocimiento más esencial, el de sus propios deberes. Patrimonio de todos vienen á ser los principios del orden social por medio de catecismos, homilias, profesiones de fe, cánticos y oraciones; formas diversas de una fe y esperanza adaptadas á la capacidad común. Ocupase el padre convertido en atraer su familia á una creencia que es la única que guía á la salvación. Y la predica el soldado á su cohorte, el esclavo á sus compañeros de cautiverio, y á veces á su mismo amo. Muchos, según el testimonio de Eusebio, distribuían sus bienes á los pobres, y luego se iban á países remotos; allí establecían iglesias, y se engolfaban cada vez más en comarcas ignoradas hasta entonces: ¿cómo era posible que la indiferencia pagana resistiera por largo tiempo á semejante apostolado?

Y luego aquellos romanos y aquellos griegos, que no querían comprender el decaimiento de su patria, y se complacían en recordar á los Leonidas, Escévolas, Brutos y Catones, pródigos de su vida por una libertad que parecía más hermosa después de perdida; encomiaban en secreto el heroísmo del escaso número de aquellos que les imitaban ó falsificaban, resistiendo á los césares y arrostrando la muerte. A estos ofrecían los cristianos una familia que proclama la libertad, no la libertad que excluye el orden y se adquiere con la rebeldía, sino la libertad que resiste á todo atentado contra la independencia del espíritu y de la conciencia, y por la cual sabían aquellos galileos, no darse la muerte, sino aguardarla con intrepidez (17). Cuando en todas partes se compite acerca de quién se envilecerá más á las plantas de señores envilecidos, enseñan los cristianos que sólo de Dios depende el hombre (18) en lo concerniente á la fe y al ejercicio de su religión, no reconocen ninguna autoridad terrestre: lejos de descender á la apostasía, ni de prestarse á quemar un grano de incienso ante las aras del Dios Júpiter ó del dios Antinoo, ni aun siquiera se someten á renunciar en cumplimiento de los decretos, á sus asambleas

(17) *Ipsam libertatem, pro qua mori novimus.* TERTULIANO, *ad Nat.*, I, 1.

(18) *Solius Dei homo.* TERTULIANO, *Scorp.*, 14.

religiosas, ni á las prácticas de su culto (19), ni á entregar á los magistrados sus santos libros. Son sus medios de acción la sinceridad y la paciencia, no la fuerza ó la astucia, no la habilidad que transige ó aguarda el momento favorable.

¿Pretenden los emperadores, el Sanedrín, ó los procónsules obligarles por la violencia? Si son débiles apelan á la fuga: en otro caso padecen, sin doblegarse nunca: el refinamiento de la crueldad no hace más que duplicar su constancia; y aunque los sabios la tratan de obstinación y de locura (20), excita el celo de los demás, de manera que *la sangre es la semilla de los cristianos* (21). Es verdad que los romanos estaban acostumbrados á cotidianos suplicios, á las luchas de los gladiadores, á las lides armadas en la ciudad ó en el campo, á suicidios estóicos; pero los que perdían la vida de este modo, ó perecían forzosamente, ó porque la vida les servía de insupportable peso, ó á lo sumo la abandonaban con indiferencia, como un bien de que se habían cansado. Al revés, entre los cristianos, niños, ancianos, mujeres, morían, no con la orgullosa dignidad de la escuela, sino sin ostentación y sencillamente; no por doctrinas muertas, sino por palabras de vida; no por ellos mismos, sino por todo el género humano. En medio de inauditos tormentos no lanzaban un gemido; al contrario, se regocijaban y perdonaban á sus verdugos.

Allí se revelaba una fuerza sobrenatural que multiplicaba las conversiones, ó inspiraba amor hacia la nueva doctrina. Generalmente están atestiguados los milagros, y aducidos con pruebas en las apologías, donde importaba no sentar falsedad ninguna: ni aun los niegan los enemigos de la nueva creencia, sino que los atribuyen á la magia. De consiguiente el escritor de buena fe se detiene antes de refutarlos ó de reirse de ellos, obligado á

(19) Origenes, *adv. Celsum*, sostiene que los cristianos pueden violar las leyes que prohíben las reuniones piadosas.

(20) Κατὰ ψίλην παρατάξιν. MARCO AURELIO en los monólogos.—*Pervicaciam et inflexibilem obstinationem.* PLINIO, *Ep.* Εἶτα ὑπὸ μανίας μὲν δύνανται τις οὕτω διατεθῆναι πρὸς ταῦτα ὑπὸ ἔθους ὡς οἱ Γαλιλαῖοι. ARRIANO epicureo.

(21) Lactancio describe admirablemente el efecto de los suplicios sobrellevados con valor. *Institut.* lib. 5, capítulo XIII: *Nam, cum videat vulgus dilacerari homines variis tormentorum generibus, et inter fatigatos carnifices invitam tenere patientiam, existimat id quod est, nec consensus tam multorum, nec perseverantiam morientium vanam esse, nec ipsam patientiam sine Deo cruciatus tantos posse superare. Latrones et robusti corporis viri ejusmodi lacerationes perferre nequeunt, exclamant et gemitus edunt; vincuntur enim dolore, quia de est illis inspirata patientia. Nostri autem ut de viris taceam, pueri et muliercula, tortores suos taciti vincunt, et expromere illis gemitum nec ignis potest. Ecce sexus infirmus et fragillis aetas dilacerari se toto corpore utique perpetitur, non necessitate, quia licet vitare si vellent, sed voluntate, quia confidunt in Deo.*

admitir el mayor de todos, el de convertir al mundo, el de hacer entrar á tantos ignorantes en el conocimiento de misterios tan elevados, el de inspirar sumisión á los doctos, el de persuadir á tantos incrédulos de cosas increíbles, á pesar de los obstáculos más poderosos.

Obstáculos privados.— Entre estos obstáculos conviene contar ante todo la costumbre. El gentil había respirado, por decirlo así, el politeísmo en sus primeras ideas, en sus primeras palabras: los dioses estaban asociados á las impresiones de la juventud, que tanta influencia ejercen sobre el resto de la vida; habían sido objeto de su educación; la ligaban á ellos las preocupaciones; llenos estaban de ellos los libros que habían cultivado su talento, ocupado sus ocios, distraído sus penas. A los dioses se había encomendado en sus necesidades; á sus oráculos había recurrido en sus incertidumbres; después de haberse libertado de una enfermedad, de un naufragio, de los furores de Calgula ó de la venganza de Sejano, cumplía ante sus aras los votos hechos en la hora del peligro.

Son tan risueñas y tan vivas las imágenes mitológicas, que su prestigio seduce todavía la imaginación después de tantos siglos y estinguida ya la fe en ellas. Aun debía ser mayor el poder de aquellas imágenes cuando todas las artes las consideraban como un inagotable manantial de lo bello. El cristiano, que en los dioses protectores de la música, de la poesía, de la elocuencia, no veía más que demonios, queda reducido á abstenerse de las bellas artes. A cada paso halla peligros y contaminación (22). Se ve, pues, obligado á no tomar parte en los goces que traen consigo días de recíproco anhelo, conmemoraciones solemnes; á no suspender lámparas ni ramos de laurel á las puertas; á no ceñirse de flores cuando todo el pueblo corona con ellas su cabeza; antes bien, es deber suyo protestar contra todo lo que tenga visos de idolatría. Si se canta en un matrimonio á Talasio é Himeneo; si una ceremonia fúnebre va acompañada de expiaciones; si en un banquete se hacen libaciones á los dioses hospitalarios, si se venera á los lares en lo interior de la familia, debe huir el cristiano y manifestar el horror que aquello le infunde. De aquí disgustos continuos y la necesidad en que está el convertido de vivir solo, de renunciar á las más queridas distracciones, de consagrarse enteramente á las abnegaciones, al aislamiento: «Me parecía muy difícil, dice San Cipriano, renacer y hacer una vida nueva con el mismo cuerpo, y ser otro hombre distinto que antes. ¿Cómo es posible, me decía á mí mismo, despojarse de repente de los hábitos del alma, tan numerosos y tan arraigados, inherentes á la misma naturaleza ó á un largo uso? ¿Cómo hacerse frugal después de haber tenido un alimento abundante y delicado? ¿Cómo salir á la calle con una vulgar

vestidura, cuando se han gastado siempre ricas telas, púrpura y oro? ¿Se resolverá á vivir como simple particular un personaje acostumbrado á los honores y á los honores, á una multitud de amigos y de clientes? ¿No es un verdadero suplicio vivir solo? Esto es lo que me decía, y desesperando de encontrar cosa mejor, amaba aquel mal que había llegado á ser en mí una segunda naturaleza.» (23)

Atenta siempre la juventud al porvenir é inclinada por lo mismo al movimiento, hallábase en oposición con sus padres preocupados con el presente y propensos á conservar. El cristiano que queriendo captarse las almas se dirigía principalmente á la juventud, era acusado de aconsejar la rebelión, porque arrancaba la generación nueva de la generación frívola, caduca, ignorante del verdadero bien. Así, pues, los padres desheredaban á sus hijos, repudiaban á sus mujeres, castigaban á los esclavos, reos de cristianismo; y así resultaba la desunión en las familias y sacudida aquella autoridad en que se basaba la sociedad romana.

Agradar al príncipe era el único medio de ascender á los empleos y á las dignidades; ahora bien, el príncipe quemaba á los cristianos, y untándolos con pez les hacía servir de antorchas en sus jardines. Una multitud de mercaderes y de gentes de oficios vivían de la venta del incienso, del suministro de victimas, de los preparativos de los juegos y de la fabricación de los simulacros; sacerdotes, augures, reyes de sacrificios, magos, astrólogos, apegados obstinadamente á las costumbres y al lucro de toda su vida, profesaban odio á los que arruinaban su profesión: se esforzaban por sostenerla reanimando el fervor en obsequio del antiguo culto, haciendo de modo que los oráculos despertasen más atención, y los artesanos de prodigios, más superchería. A falta del sentimiento moral, todos los actos de la vida civil habían sido rodeados de ceremonias religiosas. ¿Cómo podían, pues, prestar el juramento los cristianos que ejercían magistraturas? ¿Cómo podían sacrificar á los dioses? ¿Cómo podían asistir al Senado, que se reunía dentro de un templo y cuyas sesiones empezaban por libaciones á las divinidades? ¿Cómo podían, en fin, presidir los juegos gentílicos?

Hemos visto cuan aficionados eran los romanos y los asiáticos á las diversiones del circo: pues bien, la religión de Jesucristo prohibía los espectáculos en que se derramaba sangre por gusto; y se conocía á los neófitos en su desvío respecto de aquellas diversiones crueles. Tertuliano decía que la afición á los espectáculos apartaba á más gente del cristianismo que el temor á la muerte. Cuenta San Agustín que un amigo suyo, Alipio, había renunciado después de su conversión á los espectáculos sangrientos. Sin embargo, no pudiendo resistir un día á las instancias de sus compañeros se dejó llevar al circo, decidido á permanecer

(22) *Recogita sylvam, et quantae latitant spinæ.* TERTULIANO, *De cor. militis*, 10.

HIST. UNIV.

(23) *Ep.* 59 ad Corn. Cypr.